

Reflexiones del Papa Francisco para vivir la Cuaresma (Ciclo C)



Queridos amigos,

Una vez más, les acercamos estas meditaciones del Santo Padre Francisco para acompañarnos en nuestro caminar durante los tiempos fuertes dentro del año litúrgico. Como en el caso del Adviento, la Cuaresma es un tiempo “fuerte” de conversión, *un tiempo favorable para la renovación personal y comunitaria que nos conduce hacia la Pascua de Jesucristo muerto y resucitado* (3), para el cual el *Evangelio propone tres etapas para recorrer: la limosna, el ayuno, y la oración* (2). Estas realidades que no pasan, nos ayudan a consustanciarnos con lo trascendente: la oración humilde, con la vista fija en el Crucificado, nos une de manera íntima y cercana al Señor para sentir su ternura de Padre. En la *limosna* ponemos nuestra atención en las necesidades de nuestros hermanos, uniéndonos de manera generosa a ellos a través de actos concretos de solidaridad, de empatía. El *ayuno* nos urge a hacer una mirada introspectiva, que nos auxilia en salir de la indiferencia, de lo superfluo. Sin duda, podemos decir, con el Santo Padre, que estos movimientos propios de la Cuaresma, la *oración, caridad, [y el] ayuno*: [son] *tres inversiones para un tesoro que no se acaba*. (2)

Hoy, además, el Papa nos invita, en el marco del Año Jubilar, a *caminar juntos en esperanza, [...] preparar nuestros corazones y a abrirnos a la gracia de Dios para poder celebrar con gran alegría el triunfo pascual de Cristo, el Señor, sobre el pecado y la muerte*. (1)

En su Mensaje para la Cuaresma 2025, y bajo el lema *Caminemos juntos en la esperanza*, el Santo Padre nos llama a que abramos el corazón para *descubrir las llamadas a la conversión que la misericordia de Dios nos dirige a todos, de manera personal y comunitaria* (1). Una primera llamada, el *caminar*, es reconocernos *peregrinos en la vida* (1) saliendo de la autorreferencialidad, de las apariencias, dejándonos interpelar por las situaciones de violencia, migración forzada, y marginalidad de tantos hermanos, donde Cristo es crucificado una y otra vez. Como en la fe, el camino se hace en comunidad, es por ello que la segunda llamada es el *caminar juntos, ser sinodales* (1). El Papa nos urge a dejarnos animar por el Espíritu Santo *a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia nuestros prójimos, a convertirnos en artesanos de unidad* (1), compartiendo con cada uno, sin exclusiones, escuchando y respetando la dignidad de todos nuestros hermanos. El Señor, en esta llamada, nos compromete a mirar a nuestro alrededor – familias, amigos, parroquias – y a descubrir nuestra capacidad de sinodalidad, dejar de lado egos y apariencias, para trabajar codo a codo, en unidad.

El Santo Padre nos dice que *caminar juntos en la esperanza de una promesa* es la tercera llamada a la conversión. Aquí, el pontífice hace referencia a esa *esperanza que no defrauda* (cf. Rm 5,5) como la meta del *camino cuaresmal hacia la victoria pascual* (1). ¿Cuál será nuestra respuesta?

Unidos en oración, deseamos para todos ustedes que esta Cuaresma sea un tiempo de encuentro íntimo y profundo con el Señor, que sea un tiempo de gracia. Que, en el medio del árido desierto de nuestros falsos dioses y pecado, tengamos siempre la certeza de la misericordia liberadora del Padre que nos ama y, que la ruta hacia la Cruz, aunque dura, dolorosa y difícil de transitar, lleva a la Pascua: *La muerte ha sido transformada en victoria y en esto radica la fe y la esperanza de los cristianos, en la resurrección de Cristo*. (1)

Invoquemos a la Santísima Virgen para que nos ayude a reconocer en nuestro interior que, con fidelidad y perseverancia en nuestro peregrinar en la esperanza, y con el corazón abierto al amor transformador, a la conversión y al perdón, podremos re-descubrir la ruta de la vida confiados y afianzados en su Hijo, Jesús, el Camino y la meta, encontrando así que, detrás de la oscuridad y el dolor... allí, es donde yace nuestra esperanza y salvación.

La ceniza saca a la luz la nada que se esconde detrás de la búsqueda frenética de recompensas mundanas. Nos recuerdan que la mundanidad es como el polvo, que un poco de viento es suficiente para llevársela. Hermanas, hermanos, no estamos en este mundo para perseguir el viento; nuestros corazones tienen sed de eternidad. La Cuaresma es un tiempo que el Señor nos da para volver a la vida, para curarnos interiormente y caminar hacia la Pascua, hacia lo que permanece, hacia la recompensa del Padre. Es un camino de curación. (3)

++++++

- (1) tomado del Mensaje para la Cuaresma 2025
- (2) tomados de la homilía del Miércoles de Ceniza, 6 de marzo 2019
- (3) tomado del Mensaje para la Cuaresma 2022

(Cada meditación comienza, a manera de prólogo, con una monición preparada por nuestro Equipo de Liturgia y, a continuación, ofrecemos las reflexiones (textos completos) del Santo Padre Francisco que fueron tomadas de los Ángelus de la Cuaresma del 2013, 2016, 2022 y la Homilía del Domingo de Ramos 2022.)

++++++

Primer Domingo

La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón



Desde el miércoles pasado, y con la imposición de las cenizas, comenzamos el tiempo litúrgico de Cuaresma. Este período importante y “fuerte” del año, es la hoja de ruta en nuestro peregrinar hacia la Pascua. En estos 40 días estamos llamados a la conversión, a caminar, a imitación de Cristo, por el desierto de nuestras tentaciones y dificultades. Mediante la oración humilde, el ayuno de los falsos dioses, estos días nos interpelan a una conversión sincera, a ser *colaboradores de Dios* (1Co 3, 9) yendo al encuentro del

hermano con una caridad marcada por la alegría y la activa entrega, caminando siempre al lado de Jesús. El color que simboliza la Cuaresma es el morado, color de gozosa austeridad.

Las lecturas de este Domingo I, nos transmiten el mensaje de la confianza en Dios en medio de las tribulaciones diarias. Esta semana y, como Peregrinos de Esperanza, oremos por nosotros y por todos los hermanos que se encuentran pasando situaciones desesperadas, para mantener firme la confianza y la fe en el Señor, que nunca abandona a sus hijos, para que encontremos siempre, en la Eucaristía y en su Palabra, la paciencia y la fuerza que nos ayuden a superar las tentaciones, las dificultades y los obstáculos que se nos presentan día a día. Y para que no tengamos miedo pues, como nos recuerda el Papa Francisco: “Quien se encuentre perdido, engañado por las seducciones del maligno, que no tarde en volver al Señor, que «es rico en perdón»”.

Dt 26, 1-2. 4-10
Sal 90, 1-2. 10-15
Rom 10, 5-13
Lc 4, 1-13

Reflexión del Papa Francisco

El Evangelio de la liturgia de hoy, primer domingo de Cuaresma, nos lleva al desierto, donde Jesús es conducido por el Espíritu Santo durante cuarenta días para ser tentado por el diablo (cf. Lc 4,1-13). También

Jesús fue tentado por el diablo, y nos acompaña a cada uno de nosotros en nuestras tentaciones. El desierto simboliza la lucha contra las seducciones del mal, para aprender a elegir la verdadera libertad. De hecho, Jesús vive la experiencia del desierto justo antes de comenzar su misión pública. Es precisamente a través de esa lucha espiritual que afirma con decisión qué tipo de Mesías pretende ser. No un mesías “así”, sino “así”. Diría que esta es propiamente la declaración de identidad mesiánica de Jesús, del camino mesiánico de Jesús. “Yo soy Mesías, pero por este camino”. Miremos entonces las tentaciones contra las que lucha.

El diablo se dirige a él dos veces diciendo: «Si eres el Hijo de Dios...» (vv. 3.9). Es decir, le propone sacar provecho de su posición: primero, para satisfacer las necesidades materiales que siente (cf. v. 3), el hambre; luego, para aumentar su poder (cf. vv. 6-7); finalmente, para obtener una señal prodigiosa de Dios (cf. vv. 9-11). Tres tentaciones. Es como si dijera: "Si eres el Hijo de Dios, saca provecho". Cuántas veces nos sucede esto a nosotros: “Estás en esa posición, ¡aprovéchate! No pierdas la oportunidad, la ocasión”, es decir, “piensa en *tu* propio beneficio”. Es una propuesta seductora, pero conduce a la esclavitud del corazón: nos obsesiona con el ansia de tener, lo reduce todo a la posesión de cosas, de poder y de fama. Este es el núcleo de las tentaciones. Es “el veneno de las pasiones” en el que se arraiga el mal. Miremos en nuestro interior y veremos que siempre nuestras tentaciones tienen este modelo, siempre este modo de actuar. Pero Jesús se opone victoriosamente a la atracción del mal. ¿Cómo lo hace? Respondiendo a las tentaciones con la Palabra de Dios, que dice que no hay que aprovecharse, que no hay que utilizar a Dios, a los demás y las cosas para uno mismo, que no hay que aprovecharse de la propia posición para adquirir privilegios. Porque la verdadera felicidad y la libertad no están en el poseer, sino en el compartir; no en aprovecharse de los demás, sino en amarlos; no en la obsesión por el poder, sino en la alegría del servicio.

Hermanos y hermanas, estas tentaciones también nos acompañan a nosotros en el camino de la vida. Debemos estar atentos, no nos asustemos —le ocurre a todos— y estar atentos, porque a menudo se presentan bajo una aparente forma de bien. De hecho, el diablo, que es astuto, siempre utiliza el engaño. Quería que Jesús creyera que sus propuestas eran útiles para demostrar que realmente era el Hijo de Dios. Y quisiera subrayar una cosa. Jesús no dialoga con el diablo. Jesús *nunca* dialogó con el diablo. O lo expulsaba, cuando sanaba a los endemoniados, o como en este caso, teniendo que responder lo hace con la Palabra de Dios, jamás con su palabra. Hermanos y hermanas, nunca entren en diálogo con el diablo, es más astuto que nosotros. ¡Jamás! Aférrense a la Palabra de Dios como Jesús y, al máximo, respondan siempre con la Palabra de Dios. Y por esta vía no nos equivocaremos.

Y así lo hace con nosotros: el diablo: a menudo llega “con ojos dulces”, “con cara de ángel”; ¡incluso sabe disfrazarse de motivaciones sagradas, aparentemente religiosas! Si cedemos a sus halagos, acabamos justificando nuestra falsedad enmascarándola con buenas intenciones. Por ejemplo, cuántas veces hemos escuchado esto: “He hecho cosas extrañas, pero he ayudado a los pobres”; “me he aprovechado de mi rol —de político, de gobernante, de sacerdote, de obispo—, pero también para hacer el bien”; “he cedido a mis instintos, pero al final no le he hecho daño a nadie”, estas justificaciones y cosas por el estilo, una detrás de otra. Por favor, ¡no hay que hacer tratativas con el mal! ¡Con el diablo, nada de diálogo! Con la tentación no se debe dialogar, no debemos caer en ese adormecimiento de la conciencia que nos hace decir: “Pero en el fondo, no es grave, ¡todos lo hacen así!”. Fijémonos en Jesús, que no busca acomodarse, no pacta con el mal. Se opone al diablo con la Palabra de Dios, que es más fuerte que el diablo, y así vence las tentaciones.

Que este tiempo de Cuaresma sea también para nosotros un *tiempo de desierto*. Dedicemos un espacio al silencio y a la oración —un poquito, nos hará bien—, en estos espacios detengámonos y miremos lo que se agita en nuestro corazón, nuestra verdad interior, aquella que sabemos que no puede ser justificada. Hagamos

claridad interior, poniéndonos ante la Palabra de Dios en la oración, para que tenga lugar en nosotros una lucha beneficiosa contra el mal que nos hace esclavos, una lucha por la libertad.

Pidamos a la Virgen Santa que nos acompañe en el desierto cuaresmal y nos ayude en nuestro camino de conversión.

(Ángelus, 6 de marzo 2022)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

++++++

Segundo Domingo

El Señor es mi luz y mi salvación

“Este es mi Hijo, el Elegido, escúchenlo” Esta es la exhortación que nos hace nuestro Padre Celestial en este Domingo II del tiempo de Cuaresma.

La liturgia de hoy, aunque muy variada en su contenido, ofrece un mensaje muy concreto: los cambios que el Señor obra en nosotros. Las lecturas nos hablan de una alianza que convierte y está cimentada en la fe, es una profunda confianza en las promesas del Señor. Pero, también, esta transformación pasa, necesariamente, por la Cruz.

El Evangelio de hoy relata el pasaje de la Transfiguración del Señor como una antesala a la Pasión y la Cruz que han de venir. También vemos retratada la flaqueza humana – que es la nuestra – en el cansancio de los discípulos, y que ilustra las veces que postergamos lo importante. Sin embargo, y como les sucedió a ellos, anhelamos la gracia de despertar ante lo trascendente: la luz radiante que emana de la figura divina de Jesús.

El sacrificio, el asumir libremente la voluntad del Padre y la confianza en sus promesas, que se traducen en la fortaleza que nos anima a continuar el seguimiento a Cristo, son los hilos conductores en estas lecturas, como lo son en la historia de salvación.

En este Año Jubilar, y como Peregrinos de Esperanza, oremos para estar abiertos a la gracia de la conversión y que, como nos recuerda el Santo Padre Francisco, la Cuaresma es *un período en el que Dios quiere despertarnos del letargo interior, de esta somnolencia que no deja que el Espíritu se exprese. Porque —no lo olvidemos nunca— mantener el corazón despierto no depende solo de nosotros: es una gracia, y hay que pedirla.*



Gn 15, 5-12. 17-18

Sal 26, 1. 7-9. 13-14

Flp 3, 17 — 4, 1

Lc 9, 28b-36

Reflexión del Papa Francisco

El Evangelio de la Liturgia de este segundo domingo de Cuaresma narra la Transfiguración de Jesús (cf. *Lc* 9, 28-36). Mientras rezaba en un monte alto, Jesús cambia de aspecto, sus vestidos se vuelven blancos y resplandecientes, y en la luz de su gloria aparecen Moisés y Elías, hablando con Él de la Pascua que le espera en Jerusalén, es decir, de su pasión, muerte y resurrección.

Testigos de este extraordinario acontecimiento son los apóstoles Pedro, Juan y Santiago, que han subido al monte con Jesús. Nos los imaginamos con los ojos bien abiertos ante aquel espectáculo único. Y ciertamente habrá sido así. Pero el evangelista Lucas señala que «Pedro y sus compañeros estaban *cargados de sueño*» y que «despertándose vieron la gloria de Jesús» (cf. v. 32). El sueño de los tres discípulos parece como una nota discordante. Más tarde, estos mismos apóstoles se dormirán en Getsemaní, durante la oración angustiosa de Jesús, que les había pedido que velaran (cf. *Mc* 14, 37-41). Causa asombro esta somnolencia en momentos tan importantes. Pero leyendo con atención, vemos que Pedro, Juan y Santiago se adormecen antes de que comience la Transfiguración, es decir, justo cuando Jesús está en oración. Sucederá lo mismo en Getsemaní. Evidentemente era una oración que se prolongaba, en silencio y recogimiento. Podemos pensar que al principio ellos también estaban rezando, hasta que prevaleció el cansancio, el sueño.

Hermanos, hermanas, ¿acaso no se parece este sueño fuera de lugar al sueño que nos entra en momentos que sabemos importantes? Tal vez por la tarde, cuando nos gustaría rezar, pasar un rato con Jesús después de un día de mil carreras y compromisos. O cuando es el momento de intercambiar unas palabras con la familia y ya no tienes fuerzas. Nos gustaría estar más despiertos, atentos, implicados, para no perder ocasiones únicas, pero no podemos, o lo hacemos de cualquier manera y poco.

El tiempo fuerte de la Cuaresma es una oportunidad en este sentido. Es un período en el que Dios quiere despertarnos del *letargo interior*, de esta somnolencia que no deja que el Espíritu se exprese. Porque —no lo olvidemos nunca— mantener el corazón despierto no depende solo de nosotros: es una gracia, y hay que pedirla. Los tres discípulos del Evangelio así lo demuestran: eran buenos, habían seguido a Jesús al monte, pero solo con sus fuerzas no conseguían mantenerse despiertos. Nos sucede también a nosotros. Pero se despiertan justo durante la Transfiguración. Podemos pensar que fue la luz de Jesús la que los despertó. Como ellos, también nosotros necesitamos la luz de Dios, que nos hace ver las cosas de otra manera; nos atrae, nos despierta, reaviva el deseo y la fuerza de rezar, de mirar dentro de nosotros y dedicar tiempo a los demás. Podemos vencer la fatiga del cuerpo con la fuerza del Espíritu de Dios. Y cuando no podamos superar esto, debemos decirle al Espíritu Santo: “Ayúdanos. Ven, ven Espíritu Santo. Ayúdame: quiero encontrar a Jesús, quiero estar atento, despierto”. Pedirle al Espíritu Santo que nos saque de esta somnolencia que nos impide rezar.

En este tiempo de Cuaresma, después de las fatigas de cada día, nos hará bien no apagar la luz de la habitación sin antes ponernos bajo la luz de Dios. Rezar un poco antes de dormir. Démosle al Señor la oportunidad de sorprendernos y despertar nuestro corazón. Esto lo podemos hacer, por ejemplo, abriendo el Evangelio y dejándonos asombrar por la Palabra de Dios, porque la Escritura ilumina nuestros pasos e inflama nuestro corazón. O podemos mirar el Crucifijo y maravillarnos ante el amor loco de Dios, que nunca se cansa de nosotros y tiene el poder de transfigurar nuestros días, de darles un nuevo sentido, una luz diferente, una luz inesperada.

Que la Virgen María nos ayude a mantener nuestro corazón despierto para acoger este tiempo de gracia que Dios nos ofrece.

(Ángelus, 13 de marzo 2022)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

++++++



Tercer Domingo

El que se cree muy seguro, ¡cuidese de no caer!

Solemos escuchar que la Cuaresma, como el Adviento, son los tiempos “fuertes” dentro del año litúrgico. La fuerza de estos tiempos radica en que, en ambos casos, resuena una y otra vez el llamado a la conversión.

Las lecturas de este Domingo III del tiempo de Cuaresma hacen hincapié en este llamado. Desde la primera lectura hasta el Evangelio, muy precisamente, escuchamos claramente a Jesús repitiendo a sus interlocutores, como hoy a nosotros, la importancia de una conversión profunda y verdadera. La figura de la higuera estéril nos sirve para recordar la infinita

misericordia de Dios cuando abrimos con docilidad nuestros corazones a Su obrar amoroso y compasivo en nuestras vidas. Aunque el camino de la conversión es arduo y difícil, el santo Padre Francisco nos recuerda que *Jesús nos anima con una parábola que ilustra la paciencia de Dios. Un hermoso nombre de Dios sería “el Dios que da otra posibilidad”: siempre nos da otra oportunidad, siempre, siempre.*

Que en esta Cuaresma y, como Peregrinos de Esperanza, recordemos en nuestra oración que no estamos solos en este peregrinar, que nuestro hermano Jesús camina con nosotros y que, con ternura y cercanía, nuestro Padre Celestial no se cansa de abrir sus brazos para que descansen en su amor y su misericordia infinitas.

Éx 3, 1-8a. 10. 13-15

Sal 10, 1-4. 6-8. 11

1Cor 10, 1-6. 10-12

Lc 13, 1-9

Reflexión del Papa Francisco

Estamos a mitad del camino cuaresmal, y hoy el Evangelio inicialmente presenta a Jesús que comenta algunos sucesos. Cuando aún seguía vivo el recuerdo de dieciocho personas muertas a causa del derrumbamiento de una torre, le cuentan que Pilato había ordenado matar a algunos galileos (cfr. Lc 13,1). Y se plantea una pregunta que parece acompañar estas trágicas noticias: ¿quién tiene la culpa de estos hechos terribles? ¿Quizás aquellas personas eran más culpables que otras y Dios las ha castigado? Estos son interrogantes siempre actuales; cuando

las noticias negativas nos oprimen y nos sentimos impotentes ante el mal, a menudo se nos ocurre preguntarnos: ¿se trata de un castigo de Dios? ¿Es Él quien envía una guerra o una pandemia para castigarnos por nuestros pecados? ¿Y por qué el Señor no interviene?

Hemos de estar atentos: cuando el mal nos oprime, corremos el riesgo de perder lucidez, y para encontrar una respuesta fácil a cuanto no logramos explicarnos, terminamos por echarle la culpa a Dios. Y muchas veces la costumbre fea y mala de las blasfemias viene de ahí. ¡Cuántas veces le atribuimos nuestras desgracias y las desventuras del mundo a Él que, en cambio, nos deja siempre libres y, por tanto, no interviene nunca imponiéndose, tan solo proponiéndose; a Él, que nunca usa la violencia, sino que, por el contrario, ¡sufre por nosotros y con nosotros! De hecho, Jesús rechaza y contesta con fuerza la idea de imputar a Dios nuestros males: aquellas personas que Pilato mandó matar y las que murieron bajo la torre no eran más culpables que otras y no fueron víctimas de un Dios despiadado y vengativo, que no existe. De Dios no puede venir nunca el mal, porque Él «no nos trata según nuestros pecados» (*Sal* 103,10), sino conforme a su misericordia. Es el estilo de Dios. No puede tratarnos de otro modo. Siempre nos trata con misericordia. En vez de culpar a Dios, dice Jesús, tenemos que mirar nuestro interior: es el pecado el que produce la muerte; son nuestros egoísmos los que laceran las relaciones; son nuestras decisiones equivocadas y violentas las que desencadenan el mal. En este punto, el Señor ofrece la verdadera solución. ¿Cuál es? *La conversión*: «Si no se convierten -dice- perecerán todos del mismo modo» (*Lc* 13,5). Se trata de una invitación apremiante, especialmente en este tiempo de Cuaresma. Acojámosla con el corazón abierto. Convirtámonos del mal, renunciemos a aquel pecado que nos seduce, abrámonos a la lógica del Evangelio: ¡porque donde reinan el amor y la fraternidad, el mal ya no tiene poder!

Jesús sabe que convertirse no es fácil, y quiere ayudarnos. Sabe que muchas veces volvemos a caer en los mismos errores y en los mismos pecados; que nos desanimamos y, quizá, nos parece que nuestro esfuerzo por el bien es inútil en un mundo donde el mal parece reinar. Y entonces, después de su llamado, nos anima con una parábola que ilustra la paciencia que Dios. Debemos pensar en la paciencia de Dios, la paciencia que Dios tiene con nosotros. Jesús nos ofrece la consoladora imagen de una higuera que no da frutos en el periodo establecido, pero cuyo dueño no la corta: le concede más tiempo, le da otra posibilidad. Me gusta pensar que un hermoso nombre de Dios sería “el Dios que da otra posibilidad”: siempre nos da otra oportunidad, siempre, siempre. Así es su misericordia. Así hace el Señor con nosotros: no nos aleja de su amor, no se desanima, no se cansa de darnos confianza con ternura. Hermanos y hermanas, ¡Dios cree en nosotros! Dios se fía de nosotros y nos acompaña con paciencia, la paciencia de Dios con nosotros. No se desanima, sino que pone siempre esperanza en nosotros. Dios es Padre y te mira como un padre: como el mejor de los papás, no ve los resultados que aún no has alcanzado, sino los frutos que puedes dar; no lleva la cuenta de tus faltas, sino que realza tus posibilidades; no se detiene en tu pasado, sino que apuesta con confianza por tu futuro. Porque Dios está cerca, está a nuestro lado. Es el estilo de Dios, no lo olvidemos: cercanía; Él está cerca con misericordia y ternura. Así nos acompaña Dios, es cercano, misericordioso y tierno.

Pidamos, por tanto, a la Virgen María que nos infunda esperanza y valor, y que encienda en nosotros el deseo de conversión.

(Ángelus, 20 de marzo 2022)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

+++++

Cuarto Domingo

El que vive en Cristo es una nueva criatura

Estamos promediando nuestro camino cuaresmal. Las lecturas de la liturgia de este Domingo IV del tiempo de Cuaresma, también llamado *Domingo de Laetare* (que significa ‘regocijo’), nos recuerdan que es sólo en Cristo donde se halla la justificación – como le dice San Pablo a los Filipenses – y es a través de la fe en Él y del reconocer nuestra frágil humanidad, donde experimentamos la infinita compasión de nuestro Padre Celestial – la parábola del hijo prodigo: libertad y misericordia. Si el Domingo pasado, Jesús nos exhortaba a la conversión, hoy, como el Domingo próximo, Jesús nos muestra la infinita, y gratuita, misericordia del Padre para con sus hijos, cuando nos arrepentimos con humildad y de corazón. Esa misericordia se realza aún más, como leemos en el Evangelio, en la libertad de acción que el Señor le otorga a su hijo y que nos concede cada día. Y, a pesar de los tropiezos, ahí está, con brazos llenos de ternura, de amor y de perdón. Eso es gracia, abundante, incommensurable. Porque, como nos recuerda el Papa Francisco: *Así actúa Dios con nosotros: nos deja libres, también para equivocarnos, porque al crearnos nos ha hecho el gran regalo de la libertad.*

Pidamos al Señor, en este Año Jubilar y como Peregrinos de Esperanza, el que nos anime en continuar transitando estos últimos domingos junto a Jesús en su subida a Jerusalén para que, con corazones convertidos por su Amor, podamos morir también en la Cruz para experimentar plenamente la felicidad de la nueva vida, renovados – y liberados – por Él, con Él y en Él.

Jos 4, 19; 5, 10-12

Sal 33, 2-7

2Cor 5, 17-21

Lc 15, 1-3. 11-32



Reflexión del Papa Francisco

En el capítulo quince del Evangelio de san Lucas encontramos las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja encontrada (vv. 4-7), la de la moneda encontrada (vv. 8-10), y la gran parábola del hijo pródigo, o mejor, del padre misericordioso (vv. 11-32). Hoy sería bonito que cada uno de nosotros, tomara el Evangelio, este capítulo xv de Lucas, y leyera las tres parábolas. Dentro del itinerario cuaresmal, el Evangelio nos presenta precisamente esta última parábola del padre misericordioso, que tiene como protagonista a un padre con sus dos hijos. El relato nos hace ver algunas características de este padre: es un hombre siempre preparado para perdonar y que espera contra toda esperanza. Sorprende sobre todo su tolerancia ante la decisión del hijo más joven de irse de casa: podría haberse opuesto, sabiendo que todavía es inmaduro, un muchacho joven, o buscar algún abogado para no darle la herencia ya que todavía estaba vivo. Sin embargo, le permite marchar, aún

previando los posibles riesgos. Así actúa Dios con nosotros: nos deja libres, también para equivocarnos, porque al crearnos nos ha hecho el gran regalo de la libertad. Nos toca a nosotros hacer un buen uso. ¡Este regalo de la libertad que nos da Dios, me sorprende siempre!

Pero la separación de ese hijo es sólo física; el padre lo lleva siempre en el corazón; espera con confianza su regreso, escruta el camino con la esperanza de verlo. Y un día lo ve aparecer a lo lejos (cf. v. 20). Y esto significa que este padre, cada día subía a la terraza para ver si su hijo volvía. Entonces se conmueve al verlo, corre a su encuentro, lo abraza y lo besa. ¡Cuánta ternura! ¡Y este hijo había hecho cosas graves! Pero el padre lo acoge así.

La misma actitud reserva el padre al hijo mayor, que siempre ha permanecido en casa, y ahora está indignado y protesta porque no entiende y no comparte toda la bondad hacia el hermano que se había equivocado. El padre también sale al encuentro de este hijo y le recuerda que ellos han estado siempre juntos, tienen todo en común (v. 31), pero es necesario acoger con alegría al hermano que finalmente ha vuelto a casa. Y esto me hace pensar en una cosa: cuando uno se siente pecador, se siente realmente poca cosa, o como he escuchado decir a alguno —muchos—: «Padre, soy una porquería», entonces es el momento de ir al Padre. Por el contrario, cuando uno se siente justo —«Yo siempre he hecho las cosas bien...»—, igualmente el Padre viene a buscarnos porque esa actitud de sentirse justo es una actitud mala: ¡es la soberbia! Viene del diablo. El padre espera a los que se reconocen pecadores y va a buscar a aquellos que se sienten justos. ¡Este es nuestro Padre! En esta parábola también se puede entrever un tercer hijo. ¿Un tercer hijo? ¿Y dónde? ¡Está escondido! Es el que «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo» (*Fil 2, 6-7*). ¡Este Hijo-Siervo es Jesús! Es la extensión de los brazos y del corazón del Padre: Él ha acogido al pródigo y ha lavado sus pies sucios; Él ha preparado el banquete para la fiesta del perdón. Él, Jesús, nos enseña a ser «misericordiosos como el Padre».

La figura del padre de la parábola desvela el corazón de Dios. Él es el Padre misericordioso que en Jesús nos ama más allá de cualquier medida, espera siempre nuestra conversión cada vez que nos equivocamos; espera nuestro regreso cuando nos alejamos de Él pensando que podemos prescindir de Él; está siempre preparado a abrirnos sus brazos pase lo que pase. Como el padre del Evangelio, también Dios continúa considerándonos sus hijos cuando nos hemos perdido, y viene a nuestro encuentro con ternura cuando volvemos a Él. Y nos habla con tanta bondad cuando nosotros creemos ser justos. Los errores que cometemos, aunque sean grandes, no rompen la fidelidad de su amor. En el sacramento de la Reconciliación podemos siempre comenzar de nuevo: Él nos acoge, nos restituye la dignidad de hijos suyos, y nos dice: «¡Ve hacia adelante! ¡Quédate en paz! ¡Levántate, ve hacia adelante!».

En este tramo de la Cuaresma que aún nos separa de la Pascua, estamos llamados a intensificar el camino interior de conversión. Dejémonos alcanzar por la mirada llena de amor de nuestro Padre, y volvamos a Él con todo el corazón, rechazando cualquier compromiso con el pecado. Que la Virgen María nos acompañe hasta el abrazo regenerador con la Divina Misericordia.

(Ángelus, 6 de marzo 2016)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

+++++



Domingo Quinto

Yo tampoco te condeno. Vete, y en adelante no peques más

¿Quién no tiene en su 'pasado' pecados y actitudes equivocadas que lo entristecen y lo hacen sentir indigno?

La liturgia de este Domingo V nos muestra cómo Dios, siempre bondadoso y compasivo, no desea condenarnos, sino que desea que sus hijos bienamados experimenten Su perdón; Él desea, en su tierno corazón de Padre, anular nuestro pasado de pecado, invitándonos a volver a Él. Y ¿cómo perdona Dios? Con la misericordia que, como dice el Papa Francisco, es esa *gran luz de amor, de ternura. Porque Dios perdona no con un decreto, sino con*

una caricia. Lo hace acariciando nuestras heridas de pecado porque Él está implicado en el perdón, está involucrado en nuestra salvación.

Que en este Año Jubilar y, como Peregrinos de Esperanza, oremos para estar abiertos y atentos, con humildad y agradecimiento, a la gracia del 'cambio' que la abundante e inagotable bondad de Dios quiere obrar en nosotros, a través de la conversión, el perdón y la reconciliación.

*No se acuerden de las cosas pasadas,
no piensen en las cosas antiguas;
yo estoy por hacer algo nuevo:
ya está germinando, ¿no se dan cuenta?*

Is 43, 18-19

Is 43, 16-21

Sal 125, 1-6

Flp 3, 8-14

Jn 8, 1-11

Reflexión del Papa Francisco

Tras el [primer encuentro del miércoles pasado](#), hoy puedo dirigirles nuevamente mi saludo a todos. Y me alegra hacerlo en el domingo, en el día del Señor. Para nosotros los cristianos, esto es hermoso e importante: reunirnos el domingo, saludarnos, hablar unos con otros, como ahora aquí, en la plaza. Una plaza que, gracias a los medios de comunicación, tiene las dimensiones del mundo.

En este quinto domingo de Cuaresma, el evangelio nos presenta el episodio de la mujer adúltera (cf. *Jn 8,1-11*), que Jesús salva de la condena a muerte. Conmueve la actitud de Jesús: no oímos palabras de desprecio, no escuchamos palabras de condena, sino solamente palabras de amor, de misericordia, que invitan a la conversión: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (v. 11). Y, hermanos y hermanas, el rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Habéis pensado en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Ésa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a Él con el corazón

contrito. «Grande es la misericordia del Señor», dice el Salmo.

En estos días, he podido leer un libro de un cardenal —el Cardenal Kasper, un gran teólogo, un buen teólogo, sobre la misericordia. Y ese libro me ha hecho mucho bien. Pero no crean que hago publicidad a los libros de mis cardenales. No es eso. Pero me ha hecho mucho bien, mucho bien. El Cardenal Kasper decía que, al escuchar misericordia, esta palabra cambia todo. Es lo mejor que podemos escuchar: cambia el mundo. Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo. Necesitamos comprender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta paciencia... Recordemos al profeta Isaías, cuando afirma que, aunque nuestros pecados fueran rojo escarlata, el amor de Dios los volverá blancos como la nieve. Es hermoso, esto de la misericordia.

Recuerdo que, en 1992, apenas siendo Obispo, llegó a Buenos Aires la Virgen de Fátima y se celebró una gran Misa por los enfermos. Fui a confesar durante esa Misa. Y, casi al final de la Misa, me levanté, porque debía ir a confirmar. Se acercó entonces una señora anciana, humilde, muy humilde, de más de ochenta años. La miré y le dije: “Abuela —porque así llamamos nosotros a las personas ancianas—: Abuela ¿desea confesarse?” Sí, me dijo. “Pero si usted no tiene pecados...” Y ella me respondió: “Todos tenemos pecados”. Pero, quizás el Señor no la perdona... “El Señor perdona todo”, me dijo segura. Pero, ¿cómo lo sabe usted, señora? “Si el Señor no perdonara todo, el mundo no existiría”. Tuve ganas de preguntarle: Dígame, señora, ¿ha estudiado usted en la Gregoriana? Porque ésa es la sabiduría que concede el Espíritu Santo: la sabiduría interior hacia la misericordia de Dios.

No olvidemos esta palabra: Dios nunca se cansa de perdonar. Nunca. “Y, padre, ¿cuál es el problema?” El problema es que nosotros nos cansamos, no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él jamás se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón. No nos cansemos nunca, no nos cansemos nunca. Él es Padre amoroso que siempre perdona, que tiene ese corazón misericordioso con todos nosotros. Y aprendamos también nosotros a ser misericordiosos con todos. Invoquemos la intercesión de la Virgen, que tuvo en sus brazos la Misericordia de Dios hecha hombre.

(Ángelus, 17 de marzo 2013)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

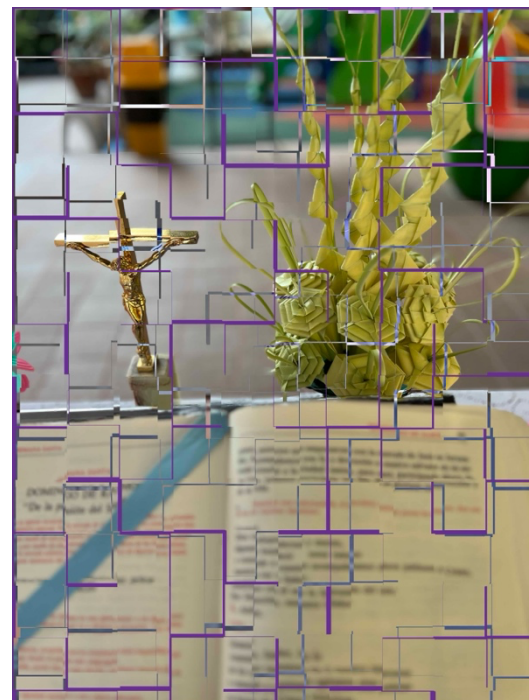
+++++

Domingo de Ramos

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Con el Domingo de Ramos, comenzamos a transitar la Semana Santa, la semana más importante para todos nosotros como creyentes. Hoy, a través de la oración y con el corazón, subimos con Jesús hacia su entrada triunfal a Jerusalén. Desde hoy, y en los días subsiguientes, vamos a caminar junto a Él, acompañándolo en el dolor de la traición del amigo a la celebración de la Pascua junto sus discípulos, asistiendo y orando con ellos en

ese momento en que Jesús instituye la Eucaristía y nos insta a hacer “esto en conmemoración” suya. Lo seguiremos hasta los momentos amargos en los que todos, – con excepción de su Madre, el Discípulo Amado, un puñado de fieles, y las mujeres que siempre lo acompañaron – todos parecen haber desaparecido: lo traicionan, lo niegan, lo abandonan.... Ahí contemplaremos, en oración, Su cuerpo destrozado, después del horrible sufrimiento en la Cruz, y su sangre derramada por todos nosotros, la sangre de la alianza nueva y eterna de Dios con su Pueblo. Que con un corazón convertido después de este caminar cuaresmal que hoy concluimos, podamos morir junto a Él en la Cruz, morir a todo aquello que nos aleja de la vida nueva en Jesús para que, en el silencio de nuestra oración podamos *vivir en la santa tensión entre la memoria de las promesas, la realidad del ensañamiento presente en la cruz y la esperanza de la resurrección*. (Papa Francisco, Domingo de Ramos 2019).



Lc 19, 28-40

Is 50, 4-7

Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24

Flp 2, 6-11

Lc 22, 7. 14 — 23, 56

Reflexión del Papa Francisco

En el Calvario se enfrentan dos mentalidades. Las palabras de Jesús crucificado en el Evangelio se contraponen, en efecto, a las de los que lo crucifican. Estos repiten un estribillo: “Sálvate a ti mismo”. Lo dicen los jefes: «*¡Que se salve a sí mismo* si este es el Mesías de Dios, el elegido!» (Lc 23,35). Lo reafirman los soldados: «*¡Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo!*» (v. 37). Y finalmente, también uno de los malhechores, que escuchó, repite la idea: «*¿Acaso no eres el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo!*» (v. 39). Salvarse a sí mismo, cuidarse a sí mismo, pensar en sí mismo; no en los demás, sino solamente en la propia salud, en el propio éxito, en los propios intereses; en el tener, en el poder, en la apariencia. *Sálvate a ti mismo*: es el estribillo de la humanidad que ha crucificado al Señor. Reflexionemos sobre esto.

Pero a la mentalidad del yo se opone la de Dios; el *sálvate a ti mismo* discuerda con el Salvador que se ofrece a sí mismo. En el Evangelio de hoy también Jesús, como sus opositores, toma la palabra tres veces en el Calvario (cf. vv. 34.43.46). Pero en ningún caso reivindica algo para sí; es más, ni siquiera se defiende o se justifica a sí mismo. Reza al Padre y ofrece misericordia al buen ladrón. Una expresión suya, en particular, marca la diferencia respecto al *sálvate a ti mismo*: «Padre, perdónalos» (v. 34).

Detengámonos en estas palabras. ¿Cuándo las dice el Señor? En un momento específico, durante la crucifixión, cuando siente que los clavos le perforan las muñecas y los pies. Intentemos imaginar el dolor lacerante que eso provocaba. Allí, en el dolor físico más agudo de la pasión, Cristo pide perdón por quienes lo están traspasando. En esos momentos, uno sólo quisiera gritar toda su rabia y sufrimiento; en cambio, Jesús dice: *Padre, perdónalos*. A diferencia de otros mártires, que son mencionados en la Biblia (cf. 2 Mac 7,18-19), no reprocha a

sus verdugos ni amenaza con castigos en nombre de Dios, sino que reza por los malvados. Clavado en el patíbulo de la humillación, aumenta la intensidad del don, que se convierte en per-dón. Hermanos, hermanas, pensemos que Dios hace lo mismo con nosotros. Cuando le causamos dolor con nuestras acciones, Él sufre y tiene un solo deseo: poder perdonarnos. Para darnos cuenta de esto, contemplemos al Crucificado. El perdón brota de sus llagas, de esas heridas dolorosas que le provocan nuestros clavos. Contemplemos a Jesús en la cruz y pensemos que nunca hemos recibido palabras más bondadosas: *Padre, perdónalos*. Contemplemos a Jesús en la cruz y veamos que nunca hemos recibido una mirada más tierna y compasiva. Contemplemos a Jesús en la cruz y comprendamos que nunca hemos recibido un abrazo más amoroso. Contemplemos al Crucificado y digamos: “Gracias, Jesús, me amas y me perdonas siempre, aun cuando a mí me cuesta amarme y perdonarme”.

Allí, mientras es crucificado, en el momento más duro, Jesús vive su mandamiento más difícil: el amor por los enemigos. Pensemos en alguien que nos haya herido, ofendido, desilusionado; en alguien que nos haya hecho enojar, que no nos haya comprendido o no haya sido un buen ejemplo. ¡Cuánto tiempo perdemos pensando en quienes nos han hecho daño! Y también mirándonos dentro de nosotros mismos y lamiéndonos las heridas que nos han causado los otros, la vida o la historia. Hoy Jesús nos enseña a no quedarnos ahí, sino a reaccionar, a romper el círculo vicioso del mal y de las quejas, a responder a los clavos de la vida con el amor y a los golpes del odio con la caricia del perdón. Pero nosotros, discípulos de Jesús, ¿seguimos al Maestro o a nuestro instinto rencoroso? Es una pregunta que debemos hacernos: ¿seguimos al Maestro o seguimos a nuestro instinto rencoroso? Si queremos verificar nuestra pertenencia a Cristo, veamos cómo nos comportamos con quienes nos han herido. El Señor nos pide que no respondamos según nuestros impulsos o como lo hacen los demás, sino como Él lo hace con nosotros. Nos pide que rompamos la cadena del “te quiero si tú me quieres; soy tu amigo si eres mi amigo; te ayudo si me ayudas”. No, compasión y misericordia para todos, porque Dios ve en cada uno a un hijo. No nos separa en buenos y malos, en amigos y enemigos. Somos nosotros los que lo hacemos, haciéndolo sufrir. Para Él todos somos hijos amados, que desea abrazar y perdonar. Y también vemos que sucede lo mismo en la invitación al banquete de bodas de su hijo. Aquel señor manda a sus criados a los cruces de los caminos y les dice: “Traigan a todos, blancos, negros, buenos y malos; a todos, sanos, enfermos; a todos...” (cf Mt 22,9-10). El amor de Jesús es para todos, en esto no hay privilegios. Es para todos. El privilegio de cada uno de nosotros es ser amado, perdonado.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. El Evangelio destaca que Jesús «decía» (v. 34) esto. No lo dijo una sola vez en el momento de la crucifixión, sino que pasó las horas que estuvo en la cruz con estas palabras en los labios y en el corazón. Dios no se cansa de perdonar. Debemos entender esto, pero entenderlo no sólo con la mente, sino entenderlo también con el corazón. Dios nunca se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón, pero Él nunca se cansa de perdonar. Él no es que aguante hasta un cierto punto para luego cambiar de idea, como estamos tentados de hacer nosotros. Jesús —enseña el Evangelio de Lucas— vino al mundo a traernos el perdón de nuestros pecados (cf. Lc 1,77) y al final nos dio una instrucción precisa: predicar a todos, en su nombre, el perdón de los pecados (cf. Lc 24,47). Hermanos y hermanas, no nos cansemos del perdón de Dios, ni nosotros sacerdotes de administrarlo, ni cada cristiano de recibirlo y testimoniarlo. No nos cansemos del perdón de Dios.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Observemos algo más. Jesús no sólo implora el perdón, sino que dice también el motivo: *perdónalos porque no saben lo que hacen*. Pero, ¿cómo? Los que lo crucificaron habían premeditado su muerte, organizado su captura, los procesos, y ahora están en el Calvario para asistir a su final. Y, sin embargo, Cristo justifica a esos violentos *porque no saben*. Así es como Jesús se comporta con nosotros: se hace nuestro *abogado*. No se pone en contra de nosotros, sino de nuestra parte contra nuestro pecado. Y es

interesante el argumento que utiliza: *porque no saben*, es aquella ignorancia del corazón que tenemos todos nosotros pecadores. Cuando se usa la violencia ya no se sabe nada de Dios, que es Padre, ni tampoco de los demás, que son hermanos. Se nos olvida porqué estamos en el mundo y llegamos a cometer crueldades absurdas. Lo vemos en la locura de la guerra, donde se vuelve a crucificar a Cristo. Sí, Cristo es clavado en la cruz una vez más en las madres que lloran la muerte injusta de los maridos y de los hijos. Es crucificado en los refugiados que huyen de las bombas con los niños en brazos. Es crucificado en los ancianos que son abandonados a la muerte, en los jóvenes privados de futuro, en los soldados enviados a matar a sus hermanos. Cristo es crucificado allí, hoy.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Muchos escuchan esta frase inaudita; pero sólo uno la acoge. Es un malhechor, crucificado junto a Jesús. Podemos pensar que la misericordia de Cristo suscitó en él una última esperanza que lo llevó a pronunciar estas palabras: «Jesús, acuérdate de mí» (Lc 23,42). Como diciendo: “Todos se olvidaron de mí, pero tú piensas incluso en quienes te crucifican. Contigo, entonces, también hay lugar para mí”. El buen ladrón acoge a Dios mientras su vida está por terminar, y así su vida empieza de nuevo; en el infierno del mundo ve abrirse el paraíso: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43). Este es el prodigio del perdón de Dios, que transforma la última petición de un condenado a muerte en la primera canonización de la historia.

Hermanos, hermanas, en esta semana acojamos la certeza de que Dios puede perdonar todo pecado. Dios perdona a todos, puede perdonar toda distancia, y puede cambiar todo lamento en danza (cf. *Sal* 30,12); la certeza de que con Cristo siempre hay un lugar para cada uno; de que con Jesús nunca es el fin, nunca es demasiado tarde. *Con Dios siempre se puede volver a vivir.* Ánimo, caminemos hacia la Pascua con su perdón. Porque Cristo intercede continuamente ante el Padre por nosotros (cf. *Hb* 7,25) y, mirando nuestro mundo violento, nuestro mundo herido, no se cansa nunca de repetir —y nosotros lo hacemos ahora con el corazón, en silencio—, de repetir: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

(Homilía, Domingo de Ramos, 10 de abril 2022)

*V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R/ Porque con tu santa cruz redimiste al mundo*

